

El Próximo



María Valdés

Prólogo

Al igual que Esto tampoco es un poema (El Sastre de los Libros, 2022), El Próximo es una recopilación de historias, recuerdos y sueños (muchos sueños) escritos a lo largo de unos cuantos años. Con él, con este volumen que ahora tienes en las manos, amable lector, concluyo mi labor recolectora, va siendo hora de pensar en otras cosechas. La verdad es que El Próximo es un encargo de Sally, que tras leer el No poema me comentó que se había quedado con ganas de más, de modo que me puse a buscar, et voilà.*

**Los sueños suelen ir encabezados, aunque no siempre, por un Posos de té, en alusión a Mientras se enfría el té (El Sastre de los Libros, 2018).*

Días como hoy

Una de mis primeras jefas, si no la primera, se llamaba Concha. Era muy delgada y llevaba el pelo largo de color miel sujeto sobre las orejas con dos ganchos. Tendría cuarenta y pico años y se estaba divorciando. Dos hijos varones, a veces hablaba con el pequeño desde el teléfono de la agencia y le preguntaba, por ejemplo, si se había cambiado de calzoncillos. Fumaba tabaco negro, decía que era lo que más le gustaba en el mundo, fumar: más que comer, más que follar; es más, cuando intentaba dejar el hábito, comía todavía menos y dejaba de hacer el amor porque asociaba esas actividades al cigarro de después.

Yo tenía veintidós años, también era muy delgada y también llevaba el pelo largo. Era muy insegura. Concha me trataba mal, o mejor, no me trataba. Fruncía los labios cuando le preguntaba algo, y cuando le pedía que revisase la noticia que acaba de redactar, se arremangaba y suspiraba.

Una tarde, para quitarme de encima, me dio a leer un libro de sesenta páginas sobre telecomunicaciones. Un informe técnico que hablaba de bandas, frecuencias y antenas del que yo no entendía nada. Después de leerlo debía hacer un resumen, un artículo sobre el

tema. Al día siguiente El País publicó mi trabajo, en seco, no se notaban las lágrimas ni los sudores. Todo el mundo en la agencia me felicitó porque, que El País nos publicara algo, les parecía la hostia. Concha no me dijo nada, perdón, sí: que si tenía un cigarro.

Amor y esperanza de vida

Desde muy joven, me gustan los hombres bastante mayores que yo, así que ahora me muevo por la franja 85-100 años. Suelen ser romances cortos.

Kike

He soñado con un amigo que murió hace un par de meses. En el sueño estaba guapo y risueño, creo que se había puesto unas mechas claras. Tan delgado (fibroso) como siempre, daba gusto verlo, con aquella sonrisa tan amplia que le iluminaba los ojos.

Nos liábamos. Su madre nos veía desde su atalaya y una mujer indiscreta que paseaba por allí nos descubría.

Nada nos impedía estar alegres y contentos (el contento, ese sedimento de la alegría, tan pasajera —¿o era al revés—?).

Mi amigo llevaba una camiseta de rayas de varios colores y yo tenía el pelo largo y unas piernas firmes, como de haber andado mucho por la playa.

Luego soñé con otro amigo que es poeta y cambia mucho de novia. Venía a mi ciudad y hablábamos: que si no podía estar un tiempo solo, que si para qué volver con alguien con quien ya has roto.

Creo que en el fondo, lo que yo quería era que mi amigo poeta me tirara los tejos, probablemente para decirle que no, o que sí, eso habría que verlo.

A punto he estado antes de mandarle un WhatsApp contándole el sueño, pero luego he pensado que igual está con su última novia y le puede molestar; al otro amigo, al del primer sueño, a ese sí que le he mandado todo mi amor sin reservas, que es como se debe amar a los muertos.

Vísperas de invierno

Mamá, papá, a mí también me cuesta ya Dios y ayuda cortarme las uñas de los pies.

Los Romero

Me daba mucha vergüenza tener que besarlo. Las mujeres comentaban lo que había adelgazado. Que parecía otra.

Mi madre preparaba la cena. La ensaladilla rusa más rica que había comido en su vida, decía él, que a veces parecía coquetear también con mi madre, aunque mi madre era una mujer delgada, no como la vecina que se veía por la ventana de la cocina, señora de bandera, dijeron él y mi padre.

Mis pechos crecían y mi madre me compraba camisetas sintéticas horribles, de color coral, que se me pegaban al cuerpo.

Los hombres me decían groserías.

A mi madre le disgustaba el tamaño de mis senos (ay, si los viera ahora).

Las últimas veces mis pechos lo rozaban al ir a besarlo.

Querido Diario, qué silencio

Hoy he escrito, sin contar mensajes y similares, 122 palabras, muy lejos de las 500 que aconsejaba Graham Greene. Costumbres de escritor.

Yo no tengo rutina ninguna, al fin y al cabo no soy novelista, pero se nota mucho cuando no escribo o casi no leo. Como decía Handke, qué difícil escribir cuando no tienes en quién pensar, entendido ese «en quién pensar» como «a quién escribir».

Escribía para gente concreta: mi madre, una amiga de la universidad, un novio. Para mi hijo no, porque mi hijo no me leería (y haría bien).

Recuerdo aquello de que si uno se abandona, enseguida cae en la tristeza. Hace unos meses, en el hospital, en la camilla del escáner, una auxiliar me dijo que cómo me había abandonado tanto (por no tratarme los vértigos).

—voy a contar estas últimas palabras...—

Nada, solo 314 sumando las 122 de por la mañana.

Sigamos, pues: el joven Rainer ha salido a dar una vuelta con sus amigos, volverá en el coche de uno de ellos, para mi preocupación, pero tiene 20 años y debe hacer su vida (aunque sea a costa de mi sinvi-

vir). En todo el curso no ha pisado la universidad, cerrada su facultad por la pandemia, solo clases online, exámenes incluidos. Es decir, se pasa el día en casa, y yo también, aunque en habitaciones diferentes, ni siquiera compartimos el cuarto de la tele ni mi estudio; tampoco comemos juntos, cada uno en su bandeja y donde prefiera.

—a ver... ¡434!—

¿Qué escribiría si escribiese?

No sabría por dónde empezar, he tenido tantas ideas para tantos textos jamás escritos. Necesito una autoridad que me exija, como hacía mi madre. No puedo seguir vegetando el tiempo que me quede, o sí, claro que puedo, pero no quiero. Puedo y no quiero.

—485—

Y así es como uno rompe el hielo, empieza a tirar del hilo y escribe lo que debe escribir por prescripción, las dichas quinientas palabras

—¡511!— (y sin contar FIN)

Posos de té: Amor en NY

Me gustaba trabajar allí, me gustaba mi jefe. Hacía lo posible porque él se fijara en mí, cosa que poco a poco iba logrando. Una noche, incluso me quedaba a dormir en la oficina para demostrar mi lealtad y entrega absolutas: había trabajo que sacar adelante y a mí no me importaba estar todo el día allí, sin pasar por casa, si es que tenía.

Mi jefe sustituía a otro jefe anterior. Él era mucho mejor, más joven, más inteligente, más inescrutable, por así decir.

Cuando empezaba a rumorearse que le habían ofrecido un puesto en Nueva York, un día me presentaba en su despacho

—Jefe, lléveme con usted a NY.

—¿Y qué haría usted allí?

—Me encargaría de escribir sus cartas e informes, incluso le haría las anotaciones en su Diario: las caras que ve por la calle, los edificios, el suelo, siempre con tanto escupitajo... Yo escribo de maravilla, jefe, ni se lo imagina. Lléveme con usted.

La ayudante me miraba con sorna, pero mi jefe adoptaba aquel gesto, que le quedaba tan bien, de hombre concentrado, profundo, reflexivo...

Creo que sí, que al final, me llevaba..

Para quienes creen en la reencarnación, una variante del clásico podría ser Descanse en pez (Requiescat in pisce)